

URSULA K. LE GUIN

ΣΤΟ ΠΟΜΒΡΣ

ΔΣΤΟ ΜΥΝΔΟ

ΣΣ ΒΟΣΚΥΣ



minotauro ESENCIALES

ΣΙ ΠΟΜΒΡΣ
ΔΣΙ ΜΥΠΔΘ
ΣΣ ΒΟΣQΥΣ
ΥΡΣΥΛΑ Κ. ΛΣ ΓΥΠ

minotauro

Dos imágenes de la víspera persistían aún en la mente del capitán Davidson cuando despertó, y durante un rato permaneció acostado en la oscuridad, contemplándolas. Una positiva: el nuevo cargamento de mujeres había llegado. Créanlo o no. Ya estaban aquí, en Centralville, a veintisiete años luz de la Tierra por NAFAL y a cuatro horas por helicóptero de Campamento Smith, la segunda camada de hembras de cría para Colonia Nueva Tahití, todas sanas y aptas, doscientas doce cabezas de ganado humano de primerísima selección. O suficientemente primerísima, en todo caso. Una adversa: el informe de Isla Dump sobre el fracaso de las cosechas, la erosión incesante, el diluvio. La hilera de doscientas doce figuritas exuberantes, retozonas y apetecibles se esfumó de la mente de Davidson, desplazada por la visión del agua que caía en torrentes sobre los campos arados, azotando la tierra hasta convertirla en lodo, diluyendo el lodo en un caldo rojizo que corría por entre las rocas y se volcaba en un mar batido por la lluvia. La erosión había comenzado antes que Davidson se marchara de la isla para ir a tomar las riendas del gobierno en Campamento Smith,

y como estaba dotado de una memoria visual prodigiosa, de esas que llaman eidéticas, ahora lo revivía todo con demasiada claridad. Uno habría pensado que Cráneo Van Kees tenía razón, que era necesario al fin y al cabo dejar muchos árboles en los terrenos que proyectaban destinar a la agricultura. Pero Davidson no entendía por qué había que desperdiciar tanto espacio en árboles en un cultivo de soja, si se trabajaba la tierra en forma verdaderamente científica. En Ohio no era así: si uno quería cereales sembraba cereales, y nadie malgastaba terreno en árboles y pamplinas. Aunque por otro lado la Tierra era un planeta domado, y Nueva Tahití no lo era. Pero justamente para eso estaba él allí, para domarlo. Y si Isla Dump no era ahora nada más que un montón de rocas y barrancos, pues bien, se la borraba del mapa; y a empezar de nuevo en otra isla y a hacer mejor las cosas. No siempre nos vas a derrotar, planeta maldito dejado de la mano de Dios. Nosotros somos hombres. Pronto sabrás lo que esto significa, pensó Davidson, y sonrió en la oscuridad de la cabaña, pues le gustaban los desafíos. Pensando en hombres, pensó en mujeres, y una vez más desfilaron por su mente las doscientas doce figuritas insinuan-tes, risueñas, bulliciosas.

—¡Ben! —bramó, sentándose en la cama y balanceando los pies desnudos por encima del suelo desnudo—. ¡Agua caliente prepara rápido volando!

El bramido acabó de despertarlo satisfactoriamente. Se des-
perezó y se rascó el pecho, y se puso los *shorts* y salió de la caba-
ña al claro, a la luz del sol, todo en una coordinada sucesión de
movimientos precisos. Era un hombre corpulento de músculos
recios, y disfrutaba de su cuerpo bien entrenado. Ben, su crichi,
tenía el agua preparada y humeante sobre el fuego, como de
costumbre, y estaba allí, acurrucado, mirando las musarañas,

como de costumbre. Los crichis nunca dormían, no hacían nada más que estarse allí y mirar y mirar.

—Desayuno. ¡Rápido volando! —dijo Davidson, mientras recogía la navaja de la mesa de tablones rústicos, donde el crichi la había dejado preparada junto con una toalla y un espejo de mesa.

El día iba a ser muy agitado para Davidson, pues en aquel último momento antes de levantarse había resuelto volar hasta Centralville e ir a ver con sus propios ojos a las nuevas mujeres. No iban a durar mucho, doscientas doce para más de dos mil hombres, y como las de la primera tanda, casi todas serían con seguridad novias coloniales, solo unas veinte o treinta vendrían como personal de esparcimiento; pero aquellas criaturitas eran verdaderas hembras, insaciables, y esta vez Davidson estaba decidido a ser el primero, al menos con una de ellas. Sonrió del lado izquierdo, pasándose la quejosa navaja por la tensa mejilla derecha.

El viejo crichi iba y venía de un lado a otro y tardaba una hora en traerle el desayuno desde las cocinas.

—¡Rápido volando! —aulló Davidson, y Ben aceleró su vagabundeo desarticulado, convirtiéndolo en algo parecido a una marcha.

Ben medía alrededor de un metro de estatura y la pelambre que le cubría la espalda parecía más blanca que verde; era viejo, y duro de entendederas, aun comparado con otros crichis, pero Davidson sabía cómo manejarlo; él era capaz de domar a cualquiera de ellos, siempre y cuando el esfuerzo valiera la pena. Pero no valía la pena. Que trajeran aquí seres humanos en cantidad suficiente, que construyesen máquinas y robots, que edificaran granjas y ciudades, y ya nadie necesitaría recurrir a los crichis. Y sería lo justo, además, pues este mundo, Nueva Tahití, estaba literalmente hecho para los hombres. Una vez limpio y desmontado, los bosques sombríos reemplazados por inter-

minables campos de cereales, erradicados el oscurantismo, el salvajismo y la ignorancia, aquello sería un paraíso, un verdadero Edén. Un mundo mejor que la cansada Tierra. Y sería *su* mundo, el mundo de Davidson. Porque muy en el fondo eso era él, Don Davidson: un domador de mundos. Y no porque fuera hombre jactancioso, pero, eso sí, conocía su propio valor. Sabía lo que quería y sabía cómo conseguirlo. Y siempre lo conseguía.

El desayuno llegó caliente al estómago del capitán Davidson. Ni siquiera la aparición de Kees Van Sten, gordo, blanco y preocupado, los ojos fuera de las órbitas, como pelotas de golf azules, logró estropearle el buen humor.

—Don —dijo Kees sin molestarse en darle los buenos días—, los hacheros han vuelto a cazar ciervos en los desmontes. Hay dieciocho pares de astas en la habitación de los fondos de la Hostería.

—Nadie consiguió jamás que no se cazara en los vedados, Kees.

—Tú puedes hacerlo. Por eso vivimos bajo la ley marcial, por eso el Ejército gobierna esta colonia. Para que se cumplan las leyes.

¡Un ataque frontal de Cráneo Van Kees! Era casi divertido.

—De acuerdo —dijo Davidson razonable—, yo podría. Pero mira una cosa, yo estoy aquí para velar por los hombres; esa es mi función, como tú dices. Y son los hombres los que cuentan. No los animales. Si un poco de caza furtiva los ayuda a soportar la vida en este mundo dejado de la mano de Dios, yo estoy dispuesto a hacer la vista gorda. En algo tienen que entretenerse.

—Tienen juegos, deportes, *hobbies*, cine, copias televisadas de los principales encuentros deportivos del siglo, licores, marihuana, alucinógenos, y una nueva carnada de mujeres en Centralville para quienes no están contentos con las recomendaciones no muy imaginativas del Ejército: una higiénica ho-

mosexualidad. Son malcriados y corruptos, tus héroes fronterizos, y no hay ninguna necesidad de que exterminen una especie nativa rara para «entretenerse». Si tú no tomas medidas, tendré que señalar una grave infracción de los Protocolos Ecológicos en mi informe al capitán Gosse.

—Puedes hacerlo si lo consideras justo, Kees —dijo Davidson, que nunca perdía la calma. Era casi patético ver la forma en que un euro como Kees enrojecía hasta las orejas cada vez que perdía el dominio de sus emociones—. A fin de cuentas es tu deber. No pelearé contigo. Central discutirá el asunto y decidirá quién tiene razón. Mira, Kees, tú en realidad quieres conservar este lugar tal como está. Como un Gran Parque Nacional. Para recreo de la vista, para estudio. Formidable, tú eres un especialista. Pero somos nosotros, los fulanos ordinarios, los que tenemos que hacer el trabajo. La Tierra necesita madera, la necesita desesperadamente. Y nosotros hemos encontrado madera en Nueva Tahití. Pues bien, ahora somos hacheros. Mira, en lo que tú y yo discrepamos es en que para ti la Tierra no es lo más importante. Para mí sí.

Kees lo miró de soslayo con esos ojos que parecían pelotas azules de golf.

—¿De veras? ¿Así que lo que tú quieres es hacer este mundo a imagen y semejanza de la Tierra? ¿Un desierto de cemento?

—Cuando yo digo Tierra, Kees, me refiero a la gente. A los hombres. A ti te preocupan los ciervos y los árboles y las doce fibrillas, la madera, fantástico, eso es asunto tuyo. Pero a mí me gusta ver las cosas en perspectiva, de cabo a rabo, y el cabo, por el momento, somos nosotros, los humanos. Ahora estamos aquí, y por lo tanto este mundo marchará a nuestro modo. Te guste o no te guste, es una realidad que hay que enfrentar; porque así son las cosas. Escucha, Kees, me correré de un salto

hasta Central para echar un vistazo a las nuevas colonias. ¿Quieres acompañarme?

—No, gracias, capitán Davidson —dijo el especialista encaminándose hacia la cabaña-laboratorio.

Estaba loco de remate el viejo Kees; perturbado por esos condenados ciervos. Eran unos animales formidables, seguro que sí. La vívida memoria de Davidson recordó el primero que había visto, aquí, en el Continente, una gran sombra roja, dos metros de brazuelo, una corona de prietos cuernos dorados, una bestia ligera, temeraria, la mejor presa de caza que uno hubiera podido imaginar. Allá en la Tierra ahora utilizaban robociervos, hasta en las Rocosas y en los parques del Himalaya, pues los de carne y hueso estaban poco menos que extinguidos. Estas bestias, las de aquí, eran el sueño de cualquier cazador. Y se las cazaría. Demonios, si hasta los crichis los cazaban, con unos arcos de morondanga. A los ciervos había que cazarlos, para eso estaban. Pero el viejo corazón herido de Kees no podía soportarlo. Era un hombre decente, seguro, pero que vivía fuera de la realidad, y de poco carácter. No entendía que uno tiene que ponerse del lado de los ganadores, o perder. Y es el hombre el que gana, siempre. El viejo conquistador.

Davidson cruzó a grandes zancadas el caserío. La luz de la mañana le daba en los ojos, y el olor dulzón de la madera aserrada y del humo de leña flotaba en el aire tibio. El campamento de hacheros, como tal, no era malo. En solo tres meses terrestres los hombres habían domesticado una buena porción de tierras vírgenes. Campamento Smith: un par de grandes aparatos geodésicos de plástico corrugado, cuarenta cabañas de madera construidas con mano de obra crichi, el aserradero, la máquina que remolcaba un penacho de humo azul a lo largo de acres y acres de troncos y madera cortada; y allá arriba, en las

lomas, el campo de aviación y los grandes hangares prefabricados para los helicópteros y las máquinas pesadas. Eso era todo. Pero cuando llegaron no había nada. Árboles. Una oscura maraña de árboles, espesa, intrincada, interminable; sin ningún sentido. Un río perezoso invadido y ahogado por los árboles, algunas madrigueras de crichis escondidas entre los árboles, algunos ciervos rojos, monos peludos, pájaros. Y árboles. Raíces, troncos, ramas, hojas arriba y abajo que se le metían a uno en la cara y en los ojos, una infinidad de hojas en una infinidad de árboles.

Nueva Tahití era en su mayor parte agua, mares poco profundos y templados, interrumpidos aquí y allá por arrecifes, islotes, archipiélagos, y los cinco continentes que se extendían en un arco de dos mil quinientos kilómetros a través del cuadrante del noroeste. Y todos aquellos lunares y verrugas de tierra estaban cubiertos de árboles. Océano, bosque. La alternativa era obvia para Nueva Tahití. Agua y sol, en vez de oscuridad y hojas.

Pero ahora estaban aquí los hombres para acabar con la oscuridad y convertir la maraña de árboles en tablones pulcramente aserrados, más preciados que el oro en la Tierra. Literalmente, porque el oro se podía encontrar en el agua de los mares y bajo el hielo de la Antártida, pero la madera no; la madera solo la producían los árboles. Y en la Tierra era un lujo realmente necesario. Así pues los bosques de aquel planeta extraño eran convertidos en madera. En tres meses doscientos hombres provistos de robosierras y zorras habían desmontado ya una extensión de diez kilómetros en Smithlandia. Las cepas del desmonte más próximo al campamento eran ahora unos detritus blancuzcos; tratados químicamente caerían en la tierra transformados en cenizas fertilizantes, y en ese momento los colonos

definitivos, los agricultores, vendrían a afincarse en Smithlandia. No tendrían mucho que hacer: plantar las semillas, y esperar a que germinasen.

Eso ya había ocurrido una vez. Era una coincidencia rara, y la prueba, en realidad, de que Nueva Tahití estaba destinada a ser habitada por seres humanos. Todo lo que había aquí había sido traído de la Tierra alrededor de un millón de años atrás, y la evolución había seguido pautas tan similares que uno reconocía inmediatamente cada especie: pino, roble, nogal, castaño, abeto, acebo, manzano, fresno; ciervo, pájaro, ratón, gato, ardilla, mono. Los humanoides de Hain-Davenant aseguraban, naturalmente, que lo habían hecho ellos en la misma época en que colonizaron la Tierra, pero si uno prestaba oídos a esos extraterrestres parecía que hubieran colonizado todos los planetas de la galaxia, y que por añadidura lo hubieran inventado todo, desde el sexo hasta las tachuelas. Mucho más verosímiles eran las teorías acerca de la Atlántida, y esta bien podía ser una colonia atlantiana desaparecida. Pero la especie humana se había extinguido, y del desarrollo del mono había nacido la especie que sustituiría a los humanos: el crichi; un metro de altura y un pelambre verde. Como extraterrestres eran más o menos típicos, pero como hombres eran un engendro, un verdadero aborto de la naturaleza. Si hubiesen contado con un millón de años más, quizá. Pero los conquistadores habían llegado primero. Ahora la evolución avanzaba no al ritmo de una mutación casual cada mil años, sino a la velocidad de las astronaves de la Flota Terráquea.

—¡Eh, capitán!

Davidson se dio vuelta apenas un microsegundo después, pero esto bastó para que se sintiera perturbado. Algo pasaba en este condenado planeta, algo había en ese sol dorado y ese cielo

brumoso, en esos vientos suaves que olían a humus y a polen, algo que le llenaba a uno la cabeza de sueños y fantasías. Uno iba y venía pensando en conquistadores y destinos y esas cosas, y terminaba moviéndose con la misma pachorra y lentitud que los crichis.

—¡Buen día, Ok! —Davidson saludó con vivacidad al capataz de los hacheros.

Negro y recio como una cuerda de metal, Oknanawi Nabo era físicamente el polo opuesto de Kees, pero tenía la misma expresión preocupada.

—¿Tiene medio minuto?

—Desde luego. ¿Qué te carcome, Ok?

—Los pequeños bastardos.

Los dos hombres se apoyaron de espaldas contra una cerca de alambre y Davidson quemó la primera maruja del día. Azulados por el humo, los tibios rayos del sol sesgaban el aire. Del bosque detrás del campamento, una parcela de quinientos metros no desmontada, venían los leves e incesantes rumores, crujidos, zumbidos, ronroneos y sonidos argentinos que se oyen por la mañana en los bosques. Este claro podía haber sido Idaho en 1950. O Kentucky en 1830. O la Galia en el año 50 a. C.

—Ti-huit —llamó un pájaro a lo lejos.

—Me gustaría sacármelos de encima, capitán.

—¿A los crichis? ¿Qué quieres decir, Ok?

—Dejarlos en libertad, nada más. Lo que producen en el aserradero no me alcanza ni para alimentarlos. Y el terrible dolor de cabeza que significan. No trabajan, pura y simplemente.

—Claro que trabajan, si sabes cómo obligarlos. Ellos construyeron el campamento.

El rostro de obsidiana de Oknanawi era impenetrable.

—Bueno; usted tiene ese don, supongo. Yo no lo tengo. —Hizo

una pausa—. En ese curso de Historia Aplicada que seguí cuando me preparaba para el Allá Lejos, decían que la esclavitud nunca dio resultado. Que era antieconómica.

—De acuerdo, pero esto no es esclavitud, mi querido Ok. Los esclavos son seres humanos. Cuando crían vacas, ¿llamas a eso esclavitud? No. Y da resultado.

Impasible, el capataz asintió con un movimiento de cabeza, pero dijo:

—Son demasiado pequeños. Traté de matar de hambre a los más ariscos. Se quedan quietos y aguantan.

—Son pequeños, de acuerdo, pero no te dejes engañar, Ok. Son fuertes; tienen una resistencia asombrosa; y no son sensibles al dolor como los humanos. Eso es lo que tú olvidas, Ok. Crees que pegarle a uno de ellos es como pegarle a un crío o algo así. Créeme, es más como pegarle a un robot, para lo que ellos sienten. Oye, tú te acostaste con algunas de las hembras, tú sabes que parecen no sentir absolutamente nada, ni placer ni dolor, se quedan allí tendidas como colchones y te aguantan cualquier cosa. Y todos son iguales. Probablemente tienen nervios más primitivos que los humanos. Como los peces. A propósito, te voy a contar algo espeluznante. Cuando yo estaba en la Central, antes de venir aquí, uno de los machos domesticados me embistió. Ya sé que te habrán dicho que ellos nunca pelean, pero a este se le subió la sangre a la cabeza, perdió la chaveta; felizmente no estaba armado porque si no me liquida. Tuve poco menos que reventarlo a puñetazos para que me soltara. Pero insistió. Es increíble la de puñetazos que le di, y en ningún momento sintió nada. Como uno de esos escarabajos que tienes que pisar una y otra vez porque no se dan cuenta de que los has triturado. Mira esto —Davidson agachó la cabeza casi pelada al ras para mostrar una zona nudosa y tumefacta detrás de la oreja—. Por un pelo me

salvé de una conmoción. Y me lo hizo con un brazo roto y la cara metida en salsa de arándanos. Me atacaba, me atacaba y volvía a atacarme. Así es la cosa, Ok, los crichis son holgazanes, son torpes, son traicioneros, y no sienten dolor. Tienes que ser duro con ellos, y mantenerte duro.

—No merecen que uno se tome todo este trabajo, capitán. Malditos bastardos minúsculos, verdes y ariscos, no quieren pelear, no quieren trabajar, no quieren nada. Lo único que quieren es reventarme.

Las amargas y obstinadas protestas de Oknanawi no alcanzaban a ocultar una cierta simpatía por los crichis. Ok no dejaba de castigar a los crichis porque fueran mucho más pequeños, eso él lo tenía bien claro, y también Davidson lo tenía bien claro ahora, y lo aceptó en seguida. Él sabía cómo manejar a sus hombres.

—Mira, Ok. Prueba esto. Llama a los cabecillas y diles que les vas a meter un pinchazo de alucinógenos. Mescalina, ele ese, cualquiera, no saben cuál es cuál. Pero les tienen terror. No exageres y todo irá bien. Puedo asegurártelo.

—¿Por qué les tienen tanto miedo a los alucinógenos? —preguntó con curiosidad el capataz.

—¡Qué sé yo! ¿Por qué las mujeres les tienen miedo a los ratones? ¡No les pidas sentido común a las mujeres ni a los crichis, Ok! A propósito de mujeres, justamente iba a Centralville esta mañana. ¿Quieres que le ponga el dedo por ti a una de las damiselas?

—Más bien téngalo lejos de algunas hasta que yo salga de licencia —dijo Ok con una sonrisa.

Pasó un grupo de crichis transportando una larga viga de doce por doce para la Sala de Recreación que se estaba construyendo abajo, a la orilla del río. Figuras pequeñas, lentas, bam-

boleantes, que arrastraban penosamente la enorme viga, como una hilera de hormigas que transportase una oruga muerta, hoscas, ineptos. Oknanawi los observó y dijo:

—La verdad, capitán, me dan escalofríos.

Eso era extraño, viniendo de un hombre rudo y tranquilo como Ok.

—Bueno, en realidad, Ok, estoy de acuerdo contigo en que no vale la pena tomarse tanto trabajo, o correr tantos riesgos. Si ese marica de Lyubov no anduviera rondando por aquí, y si el coronel no se emperrase tanto en atenerse al Código, creo que nosotros mismos podríamos despejar las áreas que colonizamos, en vez de aplicar la rutina de Mano de Obra Voluntaria. Al fin y al cabo, tarde o temprano los van a liquidar, y quizá, ¿por qué no?, cuanto antes mejor. Porque así son las cosas. Las razas primitivas siempre han tenido que dar paso a las razas civilizadas. La alternativa es la asimilación. ¿Pero para qué demonios vamos a querer asimilar a un montón de monos verdes? Y como tú dices, tienen justo la inteligencia suficiente como para que no podamos confiar en ellos. Como esos monos enormes que había en África. ¿Cómo se llamaban?

—¿Gorilas?

—Eso mismo. Aquí nos irá mejor sin los crichis, así como en África nos fue mejor sin los gorilas. Son un estorbo... Pero Papiito Ding Dong dice que hay que utilizar la mano de obra crichi, y nosotros la utilizamos. Por algún tiempo. ¿Entendido? Hasta la noche, Ok.

—Entendido, capitán.

Davidson miró el helicóptero desde el Cuartel General de Campamento Smith: un cubo de tablones de pino de cuatro metros de lado, dos escritorios, un enfriador de agua, el teniente Birno reparando un radiotransmisor.

—No dejes que se queme el campamento, Birno.

—Tráigame una damisela, Capitán. Rubia, 85-55-90.

—Cristo, ¿nada más?

—Me gustan menuditas, no desbordantes, ¿sabe? —Birno dibujó expresivamente en el aire el modelo preferido. Con una sonrisa, Davidson siguió cuesta arriba hacia el hangar. Mientras volaba sobre el campamento, le echó una ojeada: las viviendas de los muchachos, los caminos esbozados apenas, los grandes claros de cepas y rastrojos, todo empequeñeciéndose a medida que el aparato ganaba altura; el verde de los bosques de la gran isla, que no habían talado aún, y más allá de ese verde sombrío el verde pálido del mar inmenso y ondulante. Ahora Campamento Smith parecía una mancha amarilla, un lunar en el ancho tapiz verde.

Dejó atrás el estrecho Smith y la boscosa y escarpada cordillera al norte de Isla Central, y a eso del mediodía aterrizó en Centralville. Parecía toda una ciudad, al menos ahora, después de tres meses en los bosques; aquí había calles y edificios de verdad; aquí estaban desde hacía cuatro años, cuando se había fundado la Colonia. Uno no se daba cuenta de lo que era en realidad —una población fronteriza pequeña y endeble— hasta que la miraba desde el sur a un kilómetro y veía resplandecer por encima de los tocones y las callejas de hormigón una torre dorada y solitaria, más alta que todo en Centralville. No era una nave grande, pero aquí parecía grande. En verdad no era más que una cápsula de aterrizaje, un nódulo auxiliar, un chinchorro de la astronave; la nave NAFAL de ruta, el *Shackleton*, estaba en órbita, medio millón de kilómetros más arriba. La cápsula era apenas una muestra, una huella digital de la grandiosidad, la potencia, la precisión y el esplendor prodigioso de la tecnología astronáutica terrestre.

Davidson se quedó mirando la nave, y los ojos se le llenaron de lágrimas un segundo. Y no se avergonzó. Aquella nave había venido del hogar. Y él era así, un buen patriota.

Un momento después, mientras caminaba por las calles del pueblecito fronterizo con sus vastas perspectivas de casi nada en los extremos, empezó a sonreír. Porque allí estaban las damas, seguro, y uno veía en seguida que eran carne fresca. Casi todas iban vestidas con faldas estrechas y largas, y zapatones que parecían chancas, de color rojo, púrpura, dorado, y camisas con volados dorados o plateados. Nada de pezones a la vista. Las modas habían cambiado; mala suerte. Todas llevaban el cabello recogido muy alto, rociado seguramente con ese emplasto pringoso que ellas usaban. Pero solo a las mujeres se les ocurría ponerse esas cosas en los cabellos y por lo tanto era provocativo. Davidson le sonrió a una euraf pequeñita y oronda con más melena que cabeza; no obtuvo la sonrisa que esperaba pero sí un meneo de nalgas que decía a las claras: sigue, sigue, sígueme. Sin embargo no la siguió. Todavía no. Fue al Cuartel General: piedra reconstituida y chapa plástica estándar, cuarenta oficinas, diez enfriadores de agua, arsenal en el subsuelo y conexión directa con el Comando Central de la Administración Colonial de Nueva Tahití. Se cruzó con un par de tripulantes de la cápsula; presentó en Selvicultura un pedido de un nuevo descortezador semirrobot, y concertó una cita con su camarada de toda la vida, Juju Sereng, en el Luau Bar a las 14.00.

Llegó al bar una hora más temprano para comer algo antes de empezar a beber. Lyubov estaba allí, en compañía de un par de fulanos de la Flota, eruditos de una u otra calaña que habían bajado en la cápsula del *Shackleton*; Davidson no tenía en alta estima a la Armada, una pandilla de rufianes ensoberbecidos que dejaban en manos del Ejército los trabajos sucios, hartantes

y peligrosos; pero galones eran galones, y de todas maneras le divirtió ver a Lyubov de gran comadreo con gente de uniforme. Estaba hablando, agitando las manos de un lado a otro, como de costumbre. Davidson le palmeó el hombro al pasar y le dijo:

—Hola, Raj, viejo, ¿qué se cuenta? —Siguió de largo sin esperar la mueca de odio, aunque le dolía perdérsela. Era francamente divertida la forma en que Lyubov lo aborrecía. Un afeinado, probablemente, que envidiaba la virilidad de los otros. De todos modos Davidson no iba a tomarse la molestia de odiar a Lyubov, no valía la pena.

El Luau servía un bistec de venado de primera. ¿Qué dirían en la vieja Tierra si vieran a un hombre engullirse un kilo de carne en una sola comida? ¡Pobres infelices condenados a beber jugo de soja! Al rato llegó Juju acompañado —como Davidson confiaba y esperaba— por la flor y nata de las nuevas damiselas: dos bellezas succulentas, no novias sino personal de esparcimiento. ¡Ah, la decrepita Administración Colonial de vez en cuando hacía las cosas bien! Fue una tarde larga, caliente.

En el vuelo de regreso al campamento cruzó el estrecho Smith al nivel del sol, que flotaba por encima del mar en lo alto de un banco de niebla dorada. En el asiento del timonel, Davidson canturreaba al compás de los balanceos del helicóptero. Smithlandia apareció a la vista envuelta en una bruma, y había una humareda sobre el campamento, un hollín oscuro como si hubiesen echado petróleo en el quemador de residuos. Era tan espeso que Davidson no alcanzaba a ver los edificios. Hasta que tocó tierra en el aeródromo no vio el avión cohete carbonizado, los despojos ennegrecidos de los helicópteros, el hangar quemado hasta los cimientos. Volvió a despegar y voló sobre el campamento a tan poca altura que hubiera podido chocar con la chimenea cónica del quemador, lo único que quedaba en pie.

Todo lo demás había desaparecido: el aserradero, el horno, los depósitos de madera, el Cuartel General, las cabañas, las barracas, el pabellón de los crichis, todo. Armazones ennegrecidos y ruinas todavía humeantes. Pero no había sido un incendio en el bosque. El bosque estaba allí, siempre verde, a un paso de las ruinas. Davidson regresó al aeródromo, posó el aparato y bajó en busca de la motocicleta, pero también ella era un despojo negro, junto a las ruinas humeantes, pestilentes, del hangar y las máquinas. Bajó corriendo hacia el campamento. De golpe, al pasar junto a lo que fuera la cabaña de radiocomunicaciones, el cerebro se le engranó de nuevo. Sin titubear ni un solo paso cambió de rumbo, salió del camino, detrás de la destripada cabaña. Allí se detuvo. Escuchó.

No había nadie. Todo estaba en silencio. Las llamas se habían extinguido hacía largo rato; solo las grandes pilas de madera humeaban aún, y había ascuas rojas bajo las cenizas y el carbón. Más valiosos que el oro habían sido esos oblongos montones de cenizas. Pero de los negros esqueletos de las barracas y cabañas no brotaba humo; y había huesos entre las cenizas.

Se escondió detrás de la cabaña de radio. Ahora sentía la mente más activa y lúcida que nunca. Había dos posibilidades: primera, un ataque extraplanetario. Davidson vio la torre dorada en el muelle espacial de Centralville. Pero si al *Shackleton* le hubiera dado por la piratería, ¿por qué iba a empezar borrando del mapa un campamento pequeño, en lugar de tomar Centralville? No, tenía que ser una invasión, seres de otro planeta. Alguna raza desconocida, o quizá los cetianos o los hainianos, que habían decidido ocupar las colonias terrestres. Davidson nunca había confiado en esos humanoides sabihondos. Sin duda habían arrojado aquí una bomba de calor. Y las fuerzas invasoras, con aviones cohetes, carros voladores, bombas nucleares, bien

podían estar ocultas en una de las islas o en un arrecife o en cualquier paraje del cuadrante del sureste. Tenía que volver al helicóptero y dar la alarma y luego tratar de echar un vistazo alrededor, hacer un reconocimiento e informar sobre la situación al Cuartel General. Estaba enderezándose cuando oyó las voces.

No eran voces humanas. Una jerigonza ininteligible, aguda, susurrante. Gentes de otros mundos.

Zambulléndose de cuatro patas detrás del techo plástico de la cabaña, que deformado por el calor yacía en el suelo como las extendidas alas de un murciélago, Davidson se quedó muy quieto y prestó atención.

Cuatro crichis venían por el camino, a pocos metros de donde él se encontraba. Eran crichis salvajes; excepto los flojos cinturones de cuero de los que pendían cuchillos y bolsitos, iban totalmente desnudos. Ninguno de ellos usaba los *shorts* y la gola de cuero que se suministraba a los crichis domesticados. Los voluntarios del pabellón habrían sido incinerados sin duda junto con los humanos.

Se detuvieron a corta distancia de su escondrijo, hablando en esa jerigonza lenta, y Davidson contuvo el aliento. No quería que lo descubriesen. ¿Qué diablos estaban haciendo aquí? Solo podían estar actuando como espías e informantes de las fuerzas de ocupación.

Uno de ellos habló señalando el sur, y cuando volvió la cabeza Davidson le vio la cara. Y la reconoció. Los crichis parecían todos iguales, pero este era diferente. No hacía un año que Davidson le había marcado toda la cara. Era el loco furioso que lo había atacado en Central, el homicida, el niño mimado de Lyubov. ¿Qué diantres estaba haciendo aquí? La mente de Davidson funcionó rápidamente, cambió de onda. De pronto se incorporó, alto, tranquilo, fusil en mano.

—¡Quietos, crichis! ¡Alto ahí! ¡Ni un paso más! ¡Que nadie se mueva!

La voz de Davidson restalló como un latigazo. Las cuatro criaturas verdes quedaron inmóviles. La de la cara estropeada lo miró a través de los escombros negros con unos ojos inmensos, inexpresivos, sin ninguna luz.

—Contestad ahora. Este incendio, ¿quién lo provocó? —No hubo respuesta—. Contestad ahora mismo, ¡rápido volando! Si no contestáis, quemo primero a uno, luego a otro, luego a otro, ¿entendido? Este incendio, ¿quién lo provocó?

—Nosotros quemamos el campamento, capitán Davidson —dijo el de Central, con una voz baja y extraña que a Davidson le pareció casi humana—. Todos los humanos están muertos.

—¿Vosotros lo quemasteis? ¿Qué quieres decir?

Por alguna razón no podía recordar el nombre de Caracortada.

—Había aquí doscientos humanos. Y noventa de mi gente, todos esclavos. Novecientos de mi pueblo salieron de los bosques. Primero matamos a los humanos en el sitio del bosque en que cortaban los árboles; luego matamos a los que quedaban aquí, mientras ardían las casas. Pensé que también usted habría muerto. Me alegro de verlo, capitán Davidson.

Era una aberración y por supuesto una mentira. No podían haberlos matado a todos, a Ok, a Birno, a Van Sten y a todos los demás, doscientos hombres, alguno tendría que haberse salvado. Los crichis no tenían armas, solo arcos y flechas. Y de todas maneras, era imposible que lo hubiesen hecho. Los crichis no peleaban, no mataban, no hacían la guerra. Eran una especie intermedia no agresiva, siempre víctimas, siempre. No se defendían. Nunca masacrarían a doscientos hombres de un solo golpe. Era una aberración. El silencio, el vago y nauseabundo olor a quemado en la luz larga y cálida del anochecer, el

verde pálido de las caras y esos ojos que lo miraban sin pestañear, todo era nada, un sueño absurdo, una pesadilla.

—¿Quién hizo esto por vosotros?

—Novecientos de mi gente —dijo Caracortada con esa maldita voz que casi parecía humana.

—No, eso no. ¿Quién más? ¿Quién dio las órdenes? ¿Quién dijo que lo hicierais?

—Mi mujer.

Hasta ese momento no había notado Davidson la tensión contenida pero inequívoca de la actitud de la criatura; sin embargo, cuando se le fue encima, el salto fue tan solapado y felino que Davidson, tomado por sorpresa, erró el tiro: le chamuscó el brazo o el hombro, no pudo incrustarle la bala entre los ojos como había pensado. Y ahora lo tenía encima, y lo atacaba con tanta furia que, herido y todo, y a pesar de tener la mitad de la talla y el peso de Davidson, consiguió hacerle perder el equilibrio y derribarlo, pues Davidson, confiando plenamente en su fusil, no había previsto el ataque. Aquellos brazos eran delgados pero recios, y la pelambre que los cubría era áspera al tacto, y mientras Davidson luchaba con uñas y dientes por desasirse, la criatura cantaba.

Ahora Davidson estaba tirado en el suelo boca arriba, inmobilizado, desarmado. Cuatro caras verdosas lo miraban sin parpadear. El de la cara rajada seguía cantando un tarareo que se oía apenas, pero que parecía una melodía. Los otros tres escuchaban, sonriendo y mostrando los dientes. Davidson nunca había visto sonreír a un crichi. Nunca había mirado desde abajo la cara de un crichi. Siempre desde arriba. Desde su altura. Trató de no forcejear, pues por el momento toda resistencia era inútil. Aunque pequeños, lo superaban en número, y ahora Caracortada tenía el fusil. Había que esperar. Pero sentía un males-

tar, una náusea que le crispaba y le sacudía el cuerpo de arriba abajo. Las manos diminutas lo sujetaban contra el suelo sin esfuerzo, las caruchas verdes se bamboleaban sonrientes sobre él.

Caracortada terminó de cantar. Se arrodilló sobre el pecho de Davidson, un cuchillo en una mano, el fusil de Davidson en la otra.

—Usted no sabe cantar, capitán Davidson, ¿verdad que no? Muy bien, entonces, puede correr hasta el helicóptero, y huir, y avisarle al coronel en Central que este sitio ha sido incendiado y que los humanos han muerto.

Sangre, de un rojo tan impresionante como el de la sangre humana, empapaba el pelambre del brazo derecho del crichi. La zarpa verde blandía el cuchillo. La cara afilada, entrecruzada de cicatrices, lo miraba desde muy cerca, y Davidson veía ahora la luz extraña que ardía en lo profundo de aquellos ojos negros como el carbón. La voz era siempre suave y tranquila.

Lo soltaron.

Davidson se puso de pie con cautela, todavía atontado por el golpe que había recibido al caer. Ahora los crichis se habían apartado, conscientes de que el brazo de Davidson era dos veces más largo que los de ellos; pero Caracortada no era el único que estaba armado; había otro fusil apuntándole a las tripas. Y era Ben el que lo empuñaba. Ben, su propio crichi, el pigmeo de mierda, gris y sarnoso, con la cara de estúpido de siempre, pero empuñando un fusil.

No es fácil volverle la espalda a dos fusiles que lo están apuntando a uno, pero Davidson echó a andar hacia el campo. Detrás de él alguien dijo en voz alta y chillona una palabra crichi. Otra voz dijo:

— ¡Rápido volando!

Y hubo un rumor extraño como un gorjeo de pájaros que

quizá fuera la risa de los crichis. Sonó un disparo y la bala pasó zumbando por el camino a un paso de Davidson. Cristo, eso no era justo, ellos tenían los fusiles. Echó a correr. Corriendo podía ganarle a cualquier crichi. Y ellos no sabían disparar un fusil.

—Corra —dijo a sus espaldas la voz tranquila, ahora lejana. Ese era Caracortada. Selver, así se llamaba. Sam, le decían, hasta que Lyubov le impidió a Davidson que se vengara del nativo, y lo convirtió en un niño mimado; después de eso todo el mundo lo llamaba Selver. Cristo, qué rayos era todo aquello, una pesadilla. Corrió. Sentía el golpeteo de la sangre en los oídos. Corrió, corrió en el atardecer humeante y dorado. Había un cuerpo junto al camino; Davidson no lo había visto al venir, no estaba quemado, parecía un gran globo blanco que acaba de desinflarse, y los ojos saltones y azules estaban abiertos y lo miraban fijamente. A él, a Davidson, no se atreverían a matarlo. No habían vuelto a disparar. Era imposible. No podían matarlo. Allí estaba el helicóptero, seguro y brillante. Se precipitó sobre el asiento y levantó el vuelo antes de que los crichis intentaran algo nuevo. Las manos le temblaban, no demasiado; nervios, nada más. No podían matarlo. Rodeó la colina y luego volvió, veloz y a poca altura, tratando de ver a los cuatro crichis. Pero nada se movía entre los montones de escombros del campamento.

Había habido un campamento allí, esa mañana. Doscientos hombres. Y había cuatro crichis allí, pocos minutos antes. Él no había soñado todo eso. No podían haber desaparecido así como así. Tenían que estar allí, escondidos. Movié la llave que ponía al descubierto la ametralladora en la nariz del helicóptero, y barrió el suelo quemado, ametralló el verde follaje del bosque, bombardeó los huesos calcinados y los cuerpos fríos de los hombres y los restos de las máquinas y las cepas blanquecinas y

putrefactas, una y otra vez hasta que se le acabaron las municiones. Los espasmos de la ametralladora cesaron bruscamente.

Ahora tenía las manos firmes, el cuerpo aplacado, y sabía que no era la víctima de un mal sueño. Enfiló el aparato hacia el estrecho, para ir a dar la noticia en Centralville. Mientras volaba sintió que los músculos de la cara se le distendían, que recuperaba la calma habitual. No podían culparlo a él del desastre, porque ni siquiera había estado allí. Tal vez advirtieran que los crichis habían esperado a que él no estuviera para dar el golpe, sabiendo que, si él hubiera podido organizar la defensa, habrían fracasado. Y algo bueno iba a resultar de todo esto. Harían lo que habrían tenido que hacer desde el principio, despejar el planeta de una vez por todas para que lo ocuparan los humanos. Ni el mismo Lyubov podría impedirles ya que terminasen con los crichis, cuando supieran que quien había encabezado la masacre era el niño mimado de Lyubov. Ahora, por un tiempo, habría que concentrarse en la tarea de exterminar las ratas; y podía ser, podía ser que le confiaran a él ese pequeño trabajo. En ese momento habría podido sonreír. Pero se contuvo.

Allá abajo el mar era gris a la luz débil, y ante él se extendían las colinas de la isla, los bosques enmarañados de muchos arroyos, de muchas hojas, envueltos en la penumbra del atardecer.